

Gregorio Mejor Luri educados

El arte de educar
con sentido común



Ariel

Gregorio Luri

Mejor educados

Cómo ser buenos padres
sin necesidad de ocultarlo

Ariel

Contenido

No parece difícil superar a los Simpson (a modo de prólogo)	7
La disciplina	15
La escuela	51
Paternidad y pantallas	89
El rol de los padres	115
Dar valor a los valores	171

Ser disciplinado es más importante que ser inteligente

La importancia de la disciplina no se mide por el valor de las cosas que nos prohíbe hacer, sino por el valor de todo lo que nos permite conseguir. Por ello es completamente prescindible para aquellos que no aspiran a nada... Aunque, bien pensado, para alcanzar un estado de imperturbabilidad espiritual que nos permita renunciar a toda aspiración, se necesitan enormes dosis de autodisciplina.

Preservad la magia de las palabras

Hay tres palabras mágicas que tienen poder para abrir puertas cerradas a cal y canto. Su poder es equiparable al del «ábrete Sésamo» de Ali Babá. Por lo tanto, sería una insensatez permitir que nuestros hijos salgan a la calle sin asegurarnos de que las llevan en la punta de la lengua. Son: «por favor», «perdón» y «gracias».

Descubrí todo el poder de estas palabras paseando una mañana por un barrio periférico de Pamplona. Una gran pancarta en la entrada de un instituto mostraba esta inscripción: «Las tres palabras mágicas: “por favor”, “perdón” y “gracias”». Posteriormente me enteré de que los profesores de este centro recurrieron a su magia cuando se dieron cuenta de la impotencia de sus estrategias habituales para resolver sus graves problemas de disciplina. Decidieron empezar a utilizar estas palabras en sus relaciones cotidianas dando ellos mismos el primer paso. En poco tiempo se comenzó a notar un cambio en la convivencia del centro.

He comprobado en diferentes lugares que la mejor manera, la más eficaz y la más directa, de dar la vuelta a una situación de desgobierno de un centro de enseñanza es poner el énfasis en las pequeñas cosas. «Si se quiere combatir la indisciplina —me aseguró la directora del IES Miquel Martí Pol de Roda de Ter— hay que empezar por tener los pasillos impolutos.» «La convivencia empieza por el orden y la limpieza», me dijo un jesuita del Colegio Claver Raimat de Lleida. Tienen toda la razón. Un papel en el suelo es siempre un síntoma, porque lo que el ojo ve, el corazón se lo cree.

Quiero daros este consejo en el umbral de este libro: haced un uso frecuente de estas palabras ante vuestros hijos. Hacedlas habituales en la familia. Son mágicas.

No comulguéis con ruedas de molino

Éstas son 10 convicciones que nuestros hijos parecen haber incorporado con toda normalidad a sus vidas, un decálogo con el que los padres no tenemos el deber de comulgar (a veces ser antiguo es optar por la elegancia).

1. Hay tiempo para todo. Las prisas son cosa de los padres, que son unos histéricos y no entienden la expresión «espera un poco».
2. Si eres creativo, no necesitas esforzarte. Lo que realmente necesitan es alguien que comprenda lo geniales que son. Por supuesto, los padres y profesores deberían poner un poco más de empeño en comprenderlos. Es obligación de los demás entenderlos bien... aunque ellos se expliquen mal.
3. El tiempo invertido en las redes sociales debería contar en el currículum más que un título.
4. Es una tremenda injusticia que para hacer las cosas mejor que los demás haya que trabajar más que ellos.
5. Si haces algo de buena fe, no eres responsable de las consecuencias imprevistas que puedan derivarse de tu acción.
6. Si te equivocas es porque nadie te ha dicho cómo había que hacerlo bien.
7. Si alguien te exige un poco más, ese alguien te tiene manía.
8. Si hay que sacrificarse para hacer una cosa, es que esa cosa es aburrida. Luego, los libros son aburridos.
9. Ahorrar es de pardillos.
10. De mayores no seremos tan aburridos como nuestros padres.

La herramienta imprescindible de la disciplina es la insistencia

¿Cómo disciplinar? Pues en primer lugar, no teniendo miedo a la palabra disciplina. Disciplinar no es lo mismo que castigar. Disciplinar es habituar, ayudar a nuestros hijos a participar de nuestras convicciones morales. La disciplina es la higiene de la voluntad.

Disciplinar es, fundamentalmente, disciplinarse, es decir, incorporar alguna enseñanza valiosa a nuestra conducta para poder sentirnos parte de una comunidad en la que hay algo importante que compartir y unas normas valiosas que respetar.

Aún hablamos de las disciplinas académicas, refiriéndonos a las diferentes asignaturas. Cuando acudimos a un maestro en busca de instrucción o saber, nos sometemos a su disciplina. ¿No debemos con más razón someternos todos a la disciplina familiar? Cuando nos disciplinamos, estamos haciendo nuestras convicciones valiosas y sometiéndonos a su autoridad, y lo hacemos, ciertamente, por respeto a esas convicciones, pero sobre todo por respeto hacia nosotros mismos, ya que pueden ayudarnos a desarrollar nuestras mejores cualidades.

La disciplina de un entrenador de fútbol se pone de manifiesto en la forma de jugar del equipo, en su estilo. Lo mismo ocurre en las familias. Cada una tiene su propio estilo moral e incluso su propio estilo de aprendizaje, su manera de ser. Por lo tanto, lo importante para disciplinar no son los decibelios que puedan alcanzar los padres con sus gritos, sino su capacidad para hacer partícipes a todos de unas mismas convicciones.

Si consideramos necesario que cada miembro de la familia se comprometa efectivamente en las tareas familiares,

en este compromiso de solidaridad hay una moralidad. Educarlos en el cumplimiento de los deberes familiares es educarlos en el orgullo de la copertenencia y de los valores que la hacen posible.

No hay que poner mil reglas

No pongamos mil reglas, sino pocas y suficientemente claras para no tener que estar continuamente discutiéndolas. También deben ser lo bastante amplias para que nuestros hijos puedan moverse con una libertad creciente. Esto les ayudará a sentirse más confiados y seguros de sí mismos.

No se educa mejor cuando se ponen más reglas. Por este camino se acaba penalizando cualquier manifestación de espontaneidad. El excesivo reglamentarismo en la familia (dejo a un lado las familias numerosas, porque no tienen las mismas necesidades disciplinarias que una familia de tres o cuatro miembros) puede indicar una cierta frialdad en el trato y una cierta desconfianza en la capacidad de iniciativa de los hijos. Además, los padres que quieren someter toda la convivencia familiar a un régimen normativo, acaban descubriendo su incapacidad para hacerlo cumplir.

Es mucho más útil establecer cinco reglas claras y estables que treinta reglas que deban ser modificadas continuamente. Cuanto más cambiéis de normas, más estaréis poniendo de manifiesto la relatividad de vuestras convicciones morales.

Los padres que establecen criterios de conducta claros y coherentes suelen ser también más cálidos. Pero, como ya he sugerido, para poner normas claras se deben tener convicciones claras. Los hijos de padres muy permisivos no son, en absoluto, menos agresivos que los demás, lo cual, por cierto, suele dejar a estos padres completamente desconcertados. Los padres permisivos a menudo ceden rápidamente ante las protestas de sus hijos porque no soportan verlos llorar o quejarse y les conceden lo que piden simplemente para hacerlos callar. El cariño paterno no está reñi-

do con el rigor. Nada nos impide ser al mismo tiempo cariñosos y estrictos.

Una tolerancia que no proporcione ninguna orientación puede perfectamente merecer el nombre de tolerancia represiva, porque abandona al hijo en la desorientación. La falta de autocontrol no nos hace más libres en nuestra expresión, sino más impertinentes y más frágiles ante el mundo.

Disciplinar no es solamente poner límites, es, sobre todo, educar en la conciencia del respeto al valor terapéutico de los límites. Sin conciencia del deber no hay conciencia de la libertad. Por lo tanto, sin la educación en el sentimiento del deber no hay educación en el sentimiento de la libertad. El niño, por razones obvias, tiene más energía que cordura para gestionarla. Se supone que a los adultos nos pasa lo contrario. Por eso debemos prestarle un poco de cordura en la forma de normas de conducta. Detrás de cada norma sensata hay —suele haber— muchos años de experiencia. Por eso no es exactamente lo mismo poner límites que educar moralmente. Educar moralmente es conducir nuestras convicciones morales hasta la conducta que las exprese diáfananamente. Si nos limitamos a marcar los límites que nuestros hijos no pueden sobrepasar, les estamos diciendo: «Hasta aquí llega tu libertad de expresión». Si les decimos qué convicciones expresan esos límites, el mensaje es otro: «En nuestra familia creemos en esto».

Déjenme que les cuente una manía personal y dos anécdotas.

La manía. El primer límite que debería ser respetado por todos es el de la puntualidad. Enseñar a ser puntual es enseñar a hacer bien el propio trabajo, además de una profunda señal de respeto hacia los demás. Nunca he comprendido esta tradición, tan común entre nosotros, de comenzar las reuniones con cinco minutos de retraso. A menudo oigo decir que son «los cinco minutos de cortesía» con los que llegan tarde. No lo veo así. Me parecen cinco minutos de descortesía con los que han llegado puntuales.

La primera anécdota. Conocí a alguien que un día escuchó cómo su maestro decía a sus padres: «Lo que pasa es que está explorando sus límites». Él era perfectamente consciente de que lo que había hecho era una trastada, pero aquel argumento se le quedó tan grabado en la memoria que se lo ha venido aplicando desde entonces para justificar, entre bromas y veras, cuanto hace: «No es que sea mala persona —dice de sí mismo—, es que estoy explorando mis límites».

La segunda anécdota. Les aseguro que unos padres pacifistas, antimilitaristas, alternativos y ecologistas pueden incubar sin saberlo un hijo legionario. Y les aseguro también que el día de la jura de bandera del muchacho, allí estaba su madre. Sí, sólo su madre.